



Un sermón sobre 3.1—3.0:

FE DENTRO DEL HORNO

INTRODUCCIÓN

El sufrimiento llega a la vida de toda persona. El capítulo 3 aborda el problema del sufrimiento en el sentido de que presenta una hermosa manera como Dios y tres hombres piadosos respondieron a él.

Nuestra fe en Dios nos ayuda en tiempos de tribulación; a veces, no obstante, nuestra fe en Dios es la causa de un tiempo de tribulación. Cada vez que alguien del pueblo de Dios sufre por causa de Su nombre, Dios protegerá y bendecirá a esa persona de maneras que no somos capaces de comprender. Echemos una mirada al sufrimiento a la luz de los eventos de este capítulo.

DIOS ES SOBERANO

La primera verdad que debemos entender es que Dios es soberano. Esta verdad es esencial para la verdadera religión. Dios ocupa el primer lugar en nuestras vidas, sin importar lo que el gobierno o los inicuos hagan. Él es el único Dios verdadero. El adorar a cualquier otro dios equivale a adorar falsamente. Observe usted cómo tres hebreos tuvieron que hacer frente a esta verdad.

«El rey Nabucodonosor hizo una estatua de oro cuya altura era de sesenta codos, y su anchura de seis codos...» (vers.º 1). ¿Qué altura alcanzan sesenta codos? ¿Sabe usted qué longitud tiene un codo? Tiene 45 centímetros de largo. Un hombre de tamaño medio puede tener esta medida desde el codo hasta la punta de los dedos. El codo era una de las medidas estándar de Babilonia. La estatua de Nabucodonosor tenía sesenta codos de alto—un total de 27 metros. Tenía casi tres metros de ancho. Era una estatua de oro bastante grande, la que el rey había puesto en la llanura de Babilonia.

«Y envió el rey Nabucodonosor a que se reuniesen...» (vers.º 2). Daniel a menudo incluyó listas, como esta, que incluye «magos, astrólogos,

encantadores y caldeos» en 2.2. He aquí otra lista, en la que menciona los que estaban reunidos: «... los sátrapas, los magistrados y capitanes, oidores, tesoreros, consejeros, jueces, y todos los gobernadores de las provincias...» (vers.º 2). No le puedo decir qué distinguía a cada uno de estos gobernantes de los demás; tal vez algún miembro del poder judicial de Babilonia podía explicar la diferencia. De todos modos, lo cierto es que estos dirigentes del pueblo estaban juntos. Habían sido llamados para «la dedicación de la estatua que el rey Nabucodonosor había levantado» (vers.º 2). La lista se repite en el versículo 3. Estos hombres de autoridad estaban en pie delante de la estatua de Nabucodonosor, y esperaban instrucciones.

«Y el pregonero anunciaba en alta voz: Mándase a vosotros, oh pueblos, naciones y lenguas, que al oír...» (vers.ºs 4–5). Ahora se nos da una larga lista de instrumentos musicales. Es probable que tampoco pueda decirle acerca de estos. Tal vez un músico podría conocer algunos de ellos: bocina, flauta, tamboril, arpa, salterio, zampoña y toda clase de instrumentos (vers.º 5). Cada vez que el pueblo oyera que la banda empezaba a tocar, esto constituía la señal para postrarse y adorar la imagen de oro que el rey Nabucodonosor había levantado (vers.º 5). Este era el mandamiento, y la alternativa dada al pueblo no era muy buena. Esto es lo que dice el versículo 6: «... y cualquiera que no se postre y adore, inmediatamente será echado dentro de un horno de fuego ardiendo».

Ahora, puede que sea casualidad, pero en 2.49 se menciona a Sadrac, Mesac y Abed-nego, como si se nos estuviera preparando para el capítulo 3. Este capítulo nos va a hablar acerca de los tres hebreos que estuvieron dentro del horno de fuego.

A VECES ES NECESARIO EL SUFRIMIENTO

Cuando oyeron el sonido de todos los instru-

mentos musicales, «de la bocina, de la flauta, del tamboril, del arpa del salterio, de la zampoña», y así por el estilo, se postraron los pueblos de todas las naciones y adoraron la estatua de oro que Nabucodonosor había levantado (vers.º 7). Todos se postraron delante de la imagen de oro —es decir, casi todos. En el versículo 8, dice que algunos varones caldeos se acercaron al rey para contarle acerca de algunos de los judíos. Dijeron: «Tú, oh rey, has dado una ley que todo hombre [...] se postre y adore la estatua de oro; y el que no se postre y adore, sea echado dentro de un horno de fuego ardiendo» (vers.ºs 10–11). Después llegaron al meollo del asunto: «Hay unos varones judíos...» (vers.º 12). He aquí una breve lista, y los judíos de esta lista se encontraban en graves problemas. ¿Quiénes eran ellos? El versículo los identifica como tres jóvenes varones que habían sido «[puestos] sobre los negocios de la provincia de Babilonia: Sadrac, Mesac y Abed-nego».

Después, se hace la acusación: «estos varones, oh rey, no te han respetado; no adoran tus dioses, ni adoran la estatua de oro que has levantado» (vers.º 12). Todos habían adorado la estatua —excepto tres: Sadrac, Mesac y Abed-nego. ¿Se ha preguntado usted por qué Daniel no fue incluido en esta lista? Debe de ser que no se encontraba allí. Más adelante se cuenta que Daniel oró a Dios a pesar de un decreto real que lo prohibía, y como resultado de esto fue echado dentro de un foso de leones; estoy seguro de que no hubiera titubeado para mantenerse firme en su creencia en Dios en esta ocasión.

Cuando todos se postraron, tres jóvenes varones se mantuvieron erguidos. Por supuesto, fueron denunciados al rey, y este tendría que hablarles acerca de esto.

Entonces Nabucodonosor dijo con ira y con enojo que trajesen a Sadrac, Mesac y Abed-nego. Al instante fueron traídos estos varones delante del rey. Habló Nabucodonosor y les dijo: ¿Es verdad, Sadrac, Mesac y Abed-nego, que vosotros no honráis a mi dios, ni adoráis la estatua de oro que he levantado? Ahora, pues, ¿estáis dispuestos para que al oír el son de la bocina, de la flauta, del tamboril, del arpa, del salterio, de la zampoña y de todo instrumento de música, os postréis y adoréis la estatua que he hecho? Porque si no la adorareis, en la misma hora seréis echados en medio de un horno de fuego ardiendo; ¿y qué dios será aquel que os libre de mis manos? (vers.ºs 13–15).

El rey no entendía que tal Dios existía, pero estaba a punto de descubrirlo. Veremos esto antes de que

termine el capítulo.

Sadrac, Mesac y Abed-nego le dijeron al rey que no tenían que responderle en cuanto a este asunto. Dijeron:

He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librarás. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado (vers.ºs 17–18).

Me encanta la respuesta que los jóvenes varones dieron a la amenaza del rey. La respuesta de ellos es bastante impresionante. Además, es un buen tema para un sermón: «Nuestro Dios puede». Es probable que todo predicador tiene necesidad de un sermón sobre Daniel 3.17: «Nuestro Dios puede librarnos». Un versículo parecido describe al Señor como alguien que «es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros» (Efesios 3.20). Existen otros pasajes como estos, y ellos enseñan una importante lección.

Esto fue lo que en efecto dijeron los tres jóvenes hebreos: «Nuestro Dios puede librarnos. Él puede hacerlo. Lo haga o no, no nos postraremos delante de la estatua». Tenían fe en que Dios podía librarlos, pero no se les había dicho que lo haría. Dios puede librarnos de nuestras aflicciones y de nuestros problemas —de todos ellos. A veces elige no hacerlo, pero podemos confiar en el poder de Dios. Estos tres jóvenes varones hebreos dijeron: «Él puede. No hay duda acerca de su poder. Si no sucede, no será porque no pudo. Nuestro Dios puede librarnos». A veces cantamos sobre esto: «Nuestro Dios puede librararte».¹

Sadrac, Mesac y Abed-nego pasaron a decir que ellos no sabían si Dios elegiría salvarlos esta vez. De todos modos, esto fue lo que en efecto dijeron: «Aun si no lo hiciera, no podemos servir a vuestros dioses. Si es la voluntad de Dios que muramos en su horno, entonces eso es lo que haremos. Él puede librarnos, pero si en Su sabiduría elige no hacerlo, entonces nos conformaremos con lo que venga. No nos vamos a postrar delante de la estatua» (vea vers.º 18). Mientras estemos seguros de que Dios nos sacará de una situación grave, esta no será una gran prueba de nuestra fe, ¿verdad que no? Estamos conscientes, sin embargo, de que a veces Dios tiene que decir «no», y de que no sabemos

¹ Walter A. Ogden, "He Is Able to Deliver Thee" («Nuestro Dios puede librararte»), *Songs of the Church*, comp. y ed. Alton H. Howard (West Monroe, La.: Howard Publishers, 1977).

por qué lo dice. Jamás lo sabremos mientras no hayamos llegado al cielo, ¿verdad que no? No obstante, necesitamos tener fe como estos jóvenes hebreos.

LA LIBERACIÓN DIVINA ES IMPRESIONANTE SIEMPRE

La tercera verdad que deberíamos notar es que cuando Dios libera a Su pueblo, es impresionante para cualquiera que lo contemple. Una de las más extraordinarias liberaciones se relata en este capítulo.

Nabucodonosor estaba lleno de ira. Estaba furioso con Sadrac, Mesac y Abed-nego. Ordenó que el horno se calentara siete veces más de lo acostumbrado (vers.º 19).

No sabemos en qué consistía este horno exactamente. La mayoría de las personas cree que se trataba de una especie de horno para elaborar ladrillos. Los materiales de construcción de Babilonia eran mayormente ladrillos. En un lugar como Babilonia, casi no había otro material que no fuera tierra. Prácticamente todas las estructuras de Babilonia que se han excavado, fueron construidas con ladrillos.

Estos obreros calentaron el horno siete veces más de lo acostumbrado. Elevaron la temperatura hasta donde llegaría —y más alto de lo que se debía. A ciertos «valientes guerreros» se les mandó atar a Sadrac, Mesac y Abed-nego y echarlos dentro del horno de fuego ardiente —con todo y mantos, calzas, turbantes y vestidos (vers.ºs 20–21). Puede que se le haya olvidado a usted el breve dato que se menciona en el versículo 22: «Y como la orden del rey era apremiante, y lo habían calentado mucho, la llama del fuego mató a aquellos que habían alzado a Sadrac, Mesac y Abed-nego». El fuego estaba tan caliente que, cuando la puerta se abrió para que estos tres fueran echados dentro del horno, las llamas mataron a los soldados. «Y estos tres varones, Sadrac, Mesac y Abed-nego, cayeron atados dentro del horno de fuego ardiendo» (vers.º 23).

El horno debió de haber tenido alguna especie de ventana o de puerta por la cual mirar —alguna clase de pequeña abertura. Nabucodonosor podía asomarse y ver lo que estaba sucediendo en el fuego. Se nos dice lo que vio, en los versículos 24 y 25:

Entonces el rey Nabucodonosor se espantó, y se levantó apresuradamente y dijo a los de su consejo: ¿No echaron a tres varones atados dentro del fuego? Ellos respondieron al rey: Es verdad, oh rey. Y él dijo: He aquí yo veo cuatro

varones sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño; y el aspecto del cuarto es semejante a hijo de los dioses.

En vista de que en la KJV se lee: «semejante al Hijo de Dios», hay quienes creen que el cuarto varón que se paseaba en medio del fuego era Cristo, el Hijo de Dios. El hebreo no dice exactamente «el Hijo de Dios». El artículo «el» no está allí, de modo que una traducción más fiel es «hijo de los dioses». El rey dijo después, en el versículo 28, que Dios había enviado a Su ángel para librar a Sus siervos. Tal vez este era alguna clase de mensajero, o tal vez era Cristo. De todos modos, es un suceso interesante. El rey estaba pensando: «Eché tres personas en el horno, y hay cuatro allí adentro ahora, y uno de ellos parece el hijo de Dios». Haya sido Cristo mismo o no, lo cierto es que obviamente Dios estaba con ellos. No los dejó solos. Aunque estaban pasando por esta prueba, todavía tenían a Dios con ellos.

Lo que leemos después es igualmente asombroso:

Entonces Nabucodonosor se acercó a la puerta del horno de fuego ardiendo, y dijo: Sadrac, Mesac y Abed-nego, siervos del Dios Altísimo, salid y venid. Entonces Sadrac, Mesac y Abed-nego salieron de en medio del fuego. Y se juntaron los sátrapas, los gobernadores, los capitanes y los consejeros del rey, para mirar a estos varones, cómo el fuego no había tenido poder alguno sobre sus cuerpos, ni aun el cabello de sus cabezas se había quemado; sus ropas estaban intactas, y ni siquiera olor de fuego tenían. Entonces Nabucodonosor dijo: Bendito sea el Dios de ellos, de Sadrac, Mesac y Abed-nego, que envió su ángel y libró a sus siervos que confiaron en él, y que no cumplieron el edicto del rey, y entregaron sus cuerpos antes que servir y adorar a otro dios que su Dios. Por lo tanto, decreto que todo pueblo, nación o lengua que dijere blasfemia contra el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego, sea descuartizado, y su casa convertida en muladar; por cuanto no hay dios que pueda librar como éste. Entonces el rey engrandeció a Sadrac, Mesac y Abed-nego en la provincia de Babilonia (vers.ºs 26–30).

Es probable que el Nuevo Testamento haga referencia a este relato en Hebreos 11.33–34, en la gran lista de héroes de la fe. El versículo 33 se refiere a algunos que «por fe [...] taparon bocas de leones»; esto parece que se refiere a Daniel. El versículo 34 menciona que «apagaron fuegos impetuosos». No puedo imaginar a ningún otro ejemplo veterotestamentario de fe que corresponda mejor a esta descripción, que el ejemplo de Sadrac, Mesac y Abed-nego.

LA FIDELIDAD LE DA ÁNIMO A OTROS

Las lecciones que leemos en Daniel realmente apuntan a una sola lección: «Manténgase firme en lo que cree, cual sea el costo que deba pagar». En el capítulo primero, Daniel se mantuvo firme en lo que creía. No comió de la comida del rey porque lo contaminaría. No sabía lo que le iba a suceder, pero rehusó hacer algo que creía que estaba malo. En el capítulo 3, los jóvenes hebreos rehusaron postrarse delante de la estatua y adorarla, aunque esto significara que los echarían dentro del horno ardiendo. En el capítulo 6, Daniel oró pidiendo al Señor, aun cuando había un edicto en contra de esto. Quienquiera que orara a alguien que no fuera el rey había de ser echado en el foso de los leones, pero Daniel oró de todos modos. Creo que estos relatos se dan con el fin de darnos ánimo para mantenernos firmes en lo que creemos, cuales sean las consecuencias. No creo que ninguno de nosotros sabe lo que haría si hiciéramos frente a realidades como esta. Yo podría ser el primero en perder la valentía. Me gustaría creer que no seríamos tan débiles.

En el capítulo primero, fue solamente Daniel quien rehusó comer las exquisiteces del rey. Sadrac, Mesac y Abed-nego no participaron en esta prueba. En ese tiempo, Daniel les pidió que oraran con él. Tal vez el ejemplo de Daniel les dio ánimo más adelante, cuando él no estuvo allí, para mantenerse firmes por sí solos y negarse a adorar la estatua de oro. Daniel dejó un ejemplo para que otros lo imitaran.

Hace mucho tiempo, oí un relato de un tal doctor Jesse Fox. Este contó acerca de un tiempo cuando asistía a la escuela en otro país. Cierta noche, algunos de sus compañeros de clase decidieron romper las reglas e ir a emborracharse. Estaban sentados en un bar, y uno de ellos dijo: «Esto no está bien. Se nos ha enseñado que no hagamos esto, y no lo voy a hacer». Los demás se burlaron y lo insultaron, pero él de todos modos se fue. Caminó todo el trayecto hasta la escuela. Jesse dijo que los otros dos muchachos, varios años después, le confiaron el respeto que le tenían a su amigo que estuvo dispuesto a decir «no» cuando ellos no lo estuvieron. Ninguno de los dos sabía que el otro había confesado algo así, pero los dos

contaron la misma historia. No sabemos qué impresión causamos en otras personas cuando decimos «no», y nos mantenemos firmes en lo que creemos.

Esta es una de las mejores lecciones que los jóvenes pueden aprender. Uno sabe que no va a ser popular si, para mantenerse firme, tiene que llevarles la contraria a sus amigos. No obstante, sí le sorprenderá la impresión que puede causar en otros. Puede que lo insulten y se burlen de uno en el momento, pero la gente respeta al que se mantiene firme en lo que cree que es correcto y tiene la valentía en presencia de sus amigos para decirles: «No, no haré lo que no está bien». ¡Qué gran lección para recordar!

CONCLUSIÓN

Hemos visto grandes verdades acerca del sufrimiento que se suscita por ser fieles. Hemos visto que Dios es soberano, que el sufrimiento es necesario a veces para ser fieles, que cuando Dios libera de tribulaciones siempre es impresionante cómo lo hace y que la fidelidad por lo general influencia a otros.

El mundo en que vivimos está bajo el maligno, y entre el diablo y nosotros se suscitarán conflictos con nuestra fe. Este capítulo nos recuerda que a veces Dios nos libra *sacándonos del* horno de fuego, y a veces nos libra *dejándonos en él* —pero no hay duda de que nos libraré, si confiamos en Él.

Neale Pryor

Los «escritos»

Las Escrituras Judías incluyen a Daniel en una sección conocida como los «Escritos». No se encuentra en la poesía, ni se le considera uno de los libros de los profetas. Los cuatro libros de los profetas, según la Biblia Judía, son Isaías, Jeremías, Ezequiel y «el Libro de los Doce», que incluye a los doce Profetas Menores. Daniel se ubica en una tercera categoría, entre Ester y Esdras. Los judíos no clasificaban a Daniel como un profeta ni como un poeta, sino como un «hagiógrafo» —un autor de «escritos sagrados».